

tras pronuncia palabras incoherentes. Estas palabras podrían igualmente relacionarse con la búsqueda de sus orígenes y el vehemente deseo de descifrar el misterio de la personalidad de Alejandra. Para llevar a cabo este objetivo, Martín se valdrá de los amigos y amantes de Alejandra para «penetrar en ella hasta el fondo oscuro, del doloroso enigma» [175]. E incluso después de desaparecida Alejandra, Martín cree oír durante las noches sonidos indescifrables que anuncian a su amada que «avanzaba hacia él en las tinieblas enrojecidas, con la cara desencajada y los brazos tendidos hacia adelante» [377]. Sueño que podría interpretarse como el deseo frustrado de asimilar el principio femenino o inconsciente. El tercer sueño supone una variación de los anteriores. El mendigo que pronuncia palabras incoherentes llevando una misteriosa carga [465] nos remite simbólicamente al concepto de la esfinge, ese último reducto donde Martín trata inútilmente de desvelar su identidad.

La idea de suicidio de Martín supone la culminación de un intenso estado depresivo, es decir, una forma de evasión de la realidad síquica y social en la que no ha podido integrarse. Nuevamente Martín racionaliza su morbosa actitud como resultado de la imposibilidad de establecer una relación metafísica con lo otro: «no se mataba por ella, por Alejandra, sino por algo más hondo y permanente que no alcanzaba a definir» [459]. Su viaje al sur representa tanto una ruptura contra insolubles problemas personales y sociales, como una búsqueda de lo metafísico, travesía o tránsito del mundo subterráneo de la madre y Alejandra hacia una zona más allá de las tinieblas: «El cielo era transparente y puro como un diamante negro. A la luz de las estrellas, la llanura se extendía hacia la inmensidad desconocida» [480]. La inquietud del héroe, a quien por primera vez encontramos caminando en busca de algo («un muchacho alto y encorvado caminaba por uno de los senderos del parque Lezama», 11), se cierra con el comienzo de otra aventura.

Como hemos dicho, Martín busca en Alejandra —consciente o inconscientemente— a la madre que no tuvo y a la amante. Y, aunque llega a poseerla sexualmente nunca se produce la posesión: anímica, espiritual, total: «Y así como el perro, cuando siente de pronto más próximo el misterio buscado, empieza a cavar con febril y casi enloquecido fervor (ajeno ya al mundo exterior, alienado y demente, pensando y sintiendo en aquel único y poderoso misterio ahora tan cercano), así acometía el cuerpo de Alejandra, trataba de penetrar en ella hasta el fondo oscuro del doloroso enigma: cavando, mordiendo, penetrando frenéticamente y tratando de percibir cada vez más cercanos

los débiles rumores del alma secreta y escondida de aquel ser tan sangrientamente próximo y tan desconsoladoramente lejano» [175] (21).

Los traumas infantiles de Alejandra ayudan a comprender la patología de este personaje. Hija ilegítima de Fernando y su prima carnal Georgina a los once años ve a su padre haciéndole el amor a una mujer que no es su madre, la cual murió cuando Alejandra tenía cinco años [48]. Estos sucesos los evoca el narrador en bastardilla para subrayar el grado de alienación de este personaje: «*Esa chica pecosa es ella: tiene once años... En alguna oscura región de su "yo" aquella chica ha permanecido intacta y ahora ella, la Alejandra de dieciocho años, silenciosa y atenta, tratando de no ahuyentar la aparición se retira a un lado y la observa con cautela y curiosidad*» [49]. La tradición de la madre se transforma en un complejo de culpabilidad que lleva a Alejandra a identificarse con el envilecimiento de la madre, comparándose en numerosas ocasiones a la basura [pp. 122, 152, 154, 187]. Su odio contra el hombre se explica por no haberse desarrollado la fase edípica entre Alejandra y su padre, odio que se transmite, en mayor o menor grado, a todos los hombres con los que entra en contacto. El miedo a ser penetrada violentamente, como le sucedió a su madre, se traduce en agresión contra Marcos. Y a los deseos amorosos de este amigo, Alejandra responde con una extraña mezcla de atracción y repugnancia [59]. Este es uno de los muchos mecanismos de defensa por el que inconscientemente se exige del que se odia una atracción sexual: «Me fue dominando y sentí su cara cada vez más cerca de la mía. Hasta que me besó. Le mordí los labios y se separó gritando de dolor. Me soltó y salió corriendo. Yo me incorporé, pero, cosa extraña, no lo perseguí: me quedé petrificada viendo cómo huía» [60]. Alejandra, a causa de su inseguridad emocional, se precipita con furor en la religión entre los once y quince años. Esta atracción nos descubre un síntoma neurótico, pues en la religión busca un sustituto a la gratificación. Los sueños de Alejandra, como en el caso de Martín, nos remiten a la problemática del proceso identificatorio no realizado en la niñez. En su primer sueño [111], Alejandra no puede distinguir la cara del cura, y en el segundo confunde al P. Antonio con su padre, la odiada figura que rechaza con espanto [55].

Martín califica, en una ocasión, a Alejandra como un compuesto de princesa y dragón, síntesis que se relaciona con el concepto ambiva-

---

(21) «Dice Buber que el fundamento de la palabra se esconde en el tú primordial, su pronunciación nos pone en relación absoluta e inmediata con el otro. Lo que no soportaría Martín—diría el filósofo del jasidismo—es no ser el contenido de los actos de Alejandra, no ser su presente exclusivo», Luis Wainerman, *Sábado y el misterio de los ciegos*, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1970, p. 52.

lente de la existencia instintual, o unión de eros y muerte a que se refiere Freud (22), Martín, consciente o inconscientemente, se siente atraído por este doble carácter de la personalidad de Alejandra: su erotismo y el deseo de subyugarlo: «Y lo más extraño de todo es que él quería a ese monstruo equívoco: dragón-princesa, rosa-fango, niña-murciélago» [117]. Martín no quiere rechazar el inconsciente, simbolizado por Alejandra, sino asimilarlo e integrarlo al consciente. El fracaso de este proceso deja sin resolver el problema de su identidad.

El suicidio de Alejandra, masoquista aspecto del sacrificio constituye una forma de catarsis premonitoriamente anunciada a través del texto [11, 195, etc.].

A Fernando se le caracteriza desde el principio como un paranoico [9]. Los síntomas que esta enfermedad presenta en este personaje podrían ser agrupados así: a) Acentuado narcisismo, es decir, supervaloración del «yo». Para Fernando el cuerpo de los otros, incluido el de Alejandra, es un instrumento sobre el que ejerce su dominio. Este onanismo impide, obviamente, cualquier tipo de comunicación afectiva. b) Desconfianza y susceptibilidad que se traduce en su obsesión por la Secta de los Ciegos. Este recelo ante el prójimo explica, en parte, el sadismo de Fernando en su trato con Alejandra, Norma Pugliesi, Louise, etcétera. Este trata de superar su inseguridad con fantasías —viajes subterráneos, manías persecutorias, etc.—. Estas fantasías no resuelven nada y sólo sirven para revelarnos el carácter agresivo de este personaje. Esta agresividad, típica del paranoico, lleva a Fernando a identificarse con sus perseguidores, perseguidores que él asocia con el poder de las sombras [247, 258, 266, 361, etc.]. c) Perversión de juicios por excesiva racionalización, como se demuestra en los argumentos que exhibe este personaje ante el supuesto enemigo. d) Traumas de la niñez como causa de la paranoia: «Ya en mi primera infancia tuve las primeras prefiguraciones de aquel mundo perverso en mis pesadillas y alucinaciones... yo, que había pinchado ojos de pájaros, sentí mi primer estremecimiento cuando aquel hombre describe, con aterradora fuerza y precisión casi mecánica, con perversidad de concedor y vengativo sadismo, el momento en que Ulises y sus compañeros hienden y hacen hervir el gran ojo de Cíclope con un palo ardiente» [363]. El

---

(22) «La proyección del arquetipo del ánima siempre gira alrededor de la madre, y así la fantasía angustiada de Martín en seguida alterna con la sórdida imagen de "su madre-cama, pérfida y reptante". El dragón devorador como parte de la misma princesa en el relato de Sábato es una bellísima y efectiva representación de la "terrible madre" de Jung, el aspecto negativo del ánima—la vuelta al útero devorador que es descenso a los terrores de ultratumba y resulta en la extinción de la conciencia—, «Lo arquetípico en la teoría y creación novelística sabatiana» de D. Stephens y A. M. Vázquez-Bígi, en *Homenaje a Ernesto Sábato*, New York, Anaya-Las Américas, 1973, p. 341.